

Lo que pudo ser y no fue

Por Antón Capitel

La urbanización del Paseo de la Castellana mantuvo siempre un problema primordial que habiendo nacido con la propia Avenida subsiste hoy como una de sus características claras: la indecisión entre dos ideas distintas de ciudad, la compacta de edificación cerrada a imagen de la ciudad antigua y del ensanche que hoy también la bordea, o la abierta y paisajística más propia en principio del lugar físico de la vaguada y, así, de los inicios de su urbanización.

Desde un primer momento, tanto con los Austrias al construirse el Retiro como con Carlos III al urbanizarse el Prado, la edificación abierta será la tónica general de la ocupación de la nueva orilla, la oriental, imponiéndose la edificación compacta, y como era lógico, en el borde contrario de la vieja ciudad. Su configuración no se consolidará del todo, sin embargo, hasta nuestro siglo, momento en que también el borde oriental se ha compactado completamente al construirse la franja baja del Retiro y quedar absorbidos los restos de los viejos palacios de Felipe IV en el interior de un ensanche para la gran burguesía.

Tan sólo el Museo de Pinturas y el Jardín Botánico quedan hoy como testimonio de aquella primitiva

ciudad abierta del Paseo del Prado, si bien una idea tal subsistirá durante todo el crecimiento y transformación del eje en lucha con la de ciudad compacta, de modo que casi nunca una tal competencia, arrastrada por los contradictorios planes y ordenanzas, sirvió para otra cosa que para dificultar el buen remate de la ciudad y el papel de la arquitectura en ella. La imagen de todo el resto del Paseo, de Cibeles a la M-30, está lacerada por este conflicto, si bien se distinguen con respecto al tema importantes diferencias entre los dos grandes tramos históricos: el de la prolongación, construido de nueva planta y pretendidamente edificado con el modelo de la ciudad abierta; y el tramo primitivo Cibeles-San Juan de la Cruz, limitado por el ensanche de Castro, y cuya configuración actual es paradójicamente tan moderna como la de la prolongación debido a la transformación tan radical que ha sufrido y en la que nuevamente se ha manifestado la irresuelta ambigüedad entre ciudad abierta y cerrada. El tramo más antiguo, el del Paseo del Prado, aún siendo ahora el más transformado desde el origen y el menos fiel a la primitiva edificación abierta que en él comenzó, es el que tiene mayor calidad formal y más intensa coherencia urbana. Así pues, para estudiar la Castellana moderna será más útil empezar por el final, por el tramo moderno propiamente dicho, para acabar con la transformación más reciente de los tramos antiguos, realizada en su mayoría después de urbanizada y construida en gran parte la prolongación.

Prolongar la Castellana fue algo sentido como necesario al menos desde principios de siglo, cuando la operación estaba imposibilitada por la situación del



A la izquierda, edificio de Gutiérrez Soto para la Compañía Fénix. Arriba: edificio de Correos, de Palacios y Otamendi. A la derecha: Edificio del Alto Estado Mayor, de Gutiérrez Soto.



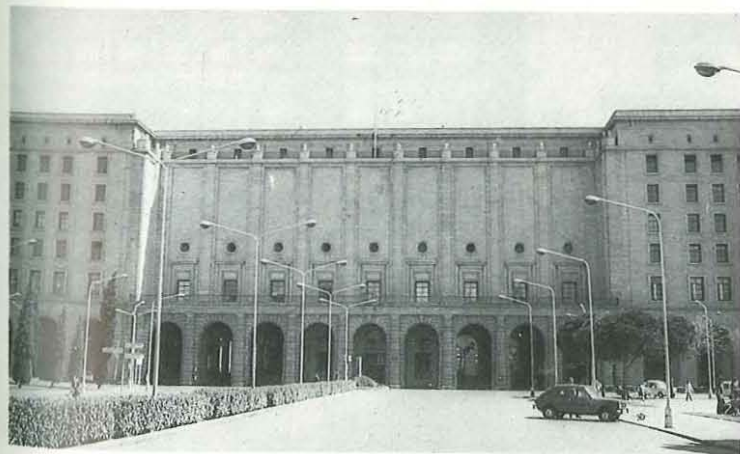
Hipódromo, delante de donde hoy están los Nuevos Ministerios. Creado el Hipódromo de la Zarzuela, que luego construirán los arquitectos Arniches y Domínguez y el ingeniero Torroja, la avenida recibe su definitivo trazado por medio de la solución de Zuazo y Jansen para el gran concurso internacional de reforma y ensanche de Madrid de 1929. Mediante este trazado se disponía para la ciudad una línea de crecimiento fundamental hacia el Norte que vertebraba una dilatada superficie urbana futura entre Chamartín y Tetuán, abandonándose la vieja área de crecimiento por el Este y según la calle de Alcalá.

El trazado de Zuazo y Jansen, y los subsiguientes nuevos estudios del propio Zuazo y de la Oficina Técnica Municipal, reservaban a la Avenida el citado papel de arteria vertebradora de la nueva ciudad, en el interior de un jerarquizado y moderno sistema viario. La prolongación seguiría teniendo plazas y 'round abouts' en los encuentros principales, puntos en los que se situarían modernos y aislados rascacielos como edificios singulares.

La ciudad se pensaba así abierta, continuando con la cierta tradición del paseo, aunque atenta sobre todo a la concepción moderna de la nueva idea de ciudad europea, abierta y verde. Por ello, y en un primer momento, los edificios de viviendas se ordenan como bloques exentos paralelos que, de acuerdo con las ideas higienistas que asumía la vanguardia de entonces, miraban sumisos al Sur, buscando el sol, militarmente ordenados sobre un campo verde al que limita una trama de calles.

Ha de llamarse la atención, pues, sobre la cualidad ordenada en extremo, casi esquemática, que este

primitivo trazado tenía, y en el que la ciudad abierta no se entendía como cuestión de forma o de colocación libre, pintoresca, sino como idea de ciudad que siendo física y funcionalmente distinta no renunciaba sin embargo a una configuración arquitectónica del conjunto unitaria y concreta, acabada. La mentalidad académica de D. Secundino Zuazo mataba aquí dos pájaros de un tiro al seguir la modernidad pero salvaguardar el orden. Las cualidades de la ciudad abierta no deberían desarticular la condición de forma pregnante, de imagen arquitectónica concreta de conjunto y de espacio urbano intencionado y definido. Significativamente Zuazo renuncia, en un plano posterior, a la esquemática alineación de bloques para proponer una no menos ordenada disposición de doble bloque con patio interior abierto a dos calles, siguiendo el modelo que había construido en la Casa de las Flores ocupando una manzana inmediata a la calle de la Princesa. Con ello matizará enormemente el espacio libre, compuesto ahora en su parte más fundamental por los jardines, como patios, que encierran los bloques, al tiempo que articulará y jerarquizará dichos espacios y la composición general, que pasa a ser tan concreta y ordenada como antes, pero no tan simple. Ya iremos viendo cuánto el fracaso de la Castellana no es un fracaso territorial o de trazado, sino un fracaso de urbanismo a pequeña escala, de capacidad de organización de la arquitectura en un conjunto, ya que las ideas y matizaciones mejores sobre el espacio urbano y la arquitectura de la ciudad que fueron sucediéndose en el tiempo, y entre las que destacan las de Zuazo que hemos visto, no se llevaron a cabo nunca. Pasaron, una tras otra, una serie de ideas



Edificio para el diario "Arriba", de Francisco Cabrero.

A la izquierda arriba: Banco de España, de Adaro y Sainz de la Lastra. Abajo: Nuevos Ministerios, esquina de arranque de la avenida con las arcadas y fachada interior a la lonja.

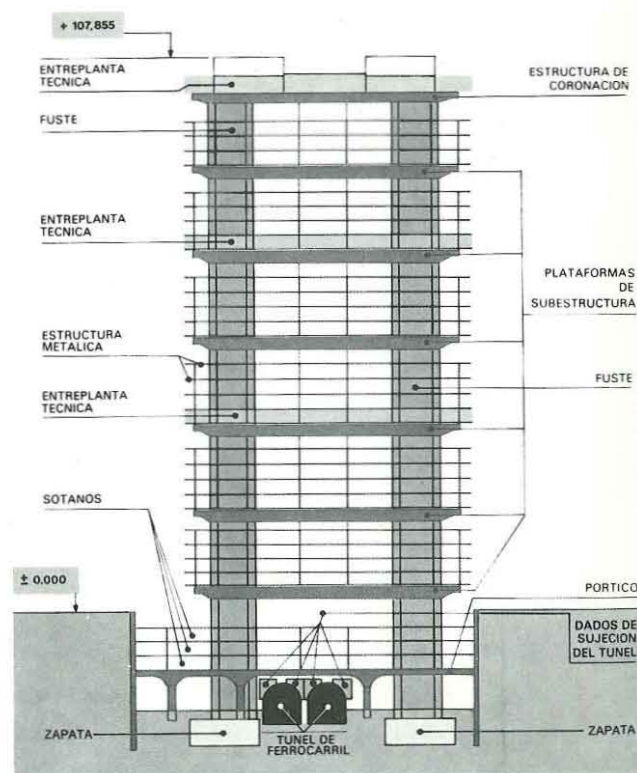
urbanas contradictorias, de modo que el menos que discreto resultado final no fue un simple producto de la especulación del suelo, sino resultado tanto o más firme de la aplicación de criterios urbanos equivocados y en contradicción. Como Zuazo, los mejores arquitectos sólo vieron muy parcialmente cumplidas sus ideas, tema en el que el tiempo y la inercia de una ciudad para ir construyéndose frente a la rapidez de pensar y trazar toda ella tiene un peso naturalmente fundamental, pues antes de que ésta pudiera materializarse otra idea de ciudad y de espacio, casi otra generación, venía a sustituirla.

El primer criterio de aceptar el moderno espacio abierto, pero controlar el orden y la composición del mismo mediante la arquitectura, quedaron algo presentes en la prolongación de la Castellana como secuela inevitable del trazado de Zuazo, a pesar de todo. Aún el arquitecto tuvo la gran oportunidad de configurar completamente por sí mismo el edificio que inició la prolongación y se encargó así de definir el poderoso quiebro que ésta habría de dar con respecto al tramo antiguo, para proseguir después casi absolutamente recta: los Nuevos Ministerios. El edificio atiende en su forma el encuentro con la ciudad antigua, el ensanche, al que opondrá la fachada urbana de San Juan de la Cruz, definiendo el giro y el inicio del largo paseo mediante la arcada abierta, que da forma al espacio a gran escala de la nueva avenida dejando libre el edificio principal, y siendo así todo él moderno, lineal y abierto. La lonja entre el edificio y las arcadas cumple el papel de patio, cerrado como imagen, pero libre a la penetración, el sol y el aire, y arquitectónicamente configurado de un modo muy

preciso. Como arquitectura ya concreta es algo más convencional que la Casa de las Flores y que otras obras de Zuazo, aunque tiene valores arquitectónicos y compositivos de primer orden. Hoy puede comprobarse cómo tanto tiempo después de su proyecto y de su ejecución difícilmente se encontrarían otros edificios de la prolongación que igualen su calidad y hasta su atractivo.

La obra de los Nuevos Ministerios, a iniciativa de Indalecio Prieto como Ministro de Obras Públicas y hecha al tiempo que los enlaces subterráneos que venían a confirmar la importancia estructural del Paseo, se verá interrumpida por la guerra, pero fue finalizada después de acuerdo con el proyecto de Zuazo. Posteriormente a la guerra civil será Pedro Bidagor, discípulo y ayudante de Zuazo, quien dirigirá el equipo que realice el Plan de 1941, bajo los auspicios de Pedro Muguruza, primer Director General de Arquitectura del régimen franquista. Mediante este Plan, y respetados casi todos los rasgos estructurales que Zuazo diera al sector y el trazado general de la Avenida, la edificación pasa a disponerse también con gran orden, pero según el esquema de manzanas cerradas de un ensanche convencional. Se propone así una imagen de ciudad preñante y ordenada, al tiempo que un modelo de actuación más conservador o, si se quiere simplemente, más vulgar y fácil de aceptar así, a ojos de los responsables, por el desconfiado inversor de la precaria economía de posguerra.

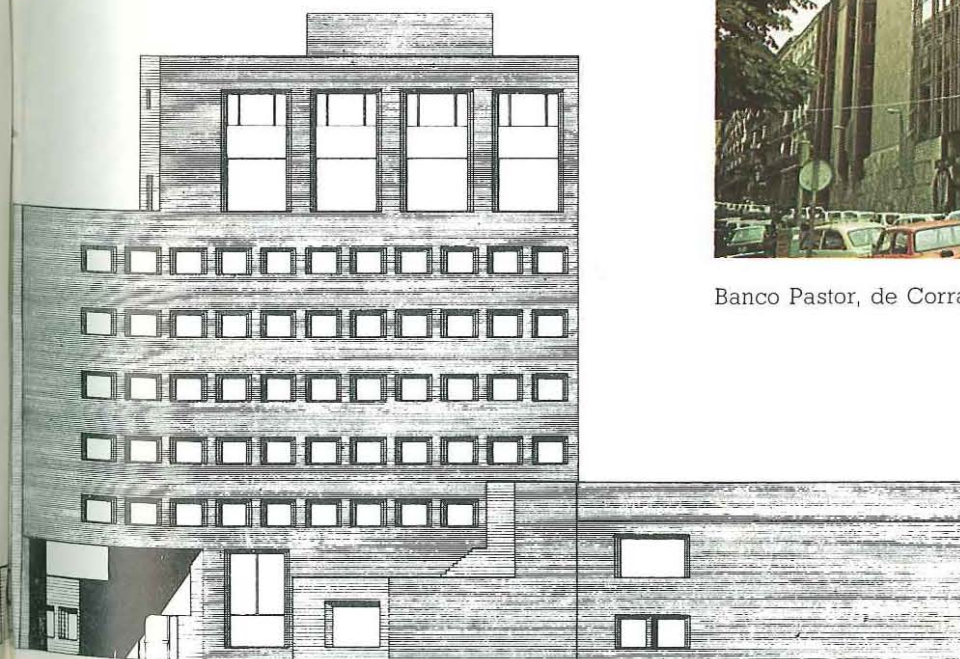
La nueva ordenación incluye ahora el futuro Estadio Bernabeu, que, ganado en un Concurso Nacional por los arquitectos Muñoz Monasterio y Alemany, se



Edificio del Banco de Bilbao, de Sainz de Oiza. Arriba sección esquemática, y a la izquierda ya terminado.

planteará al modo académico simplificado, tan propio de los estadios de entonces, constituyendo una pieza arquitectónica no prevista antes de la guerra y notablemente importante para la articulación del sector. Hoy se encuentra lamentablemente alterado por la desafortunada ampliación y modificación de fachada llevada a cabo con ocasión del Campeonato Mundial de 1982. Por detrás había sido ampliado ya en los años 50, con la intervención del ingeniero Fernández Casado, y habiéndose realizado en aquella ocasión con la notable calidad que hoy puede verse aún. Pero el trazado de Bidagor incluía asimismo una importante modificación sobre el de Zuazo: la disposición de una segunda Avenida, paralela a la Castellana y que dio origen a lo que hoy es la calle Orense. Esta vía, apartada del tráfico metropolitano, centraba la actividad comercial y representativa y flanqueaba conjuntamente con el paseo un área también cívica y comercial en torno a una gran plaza y estableciendo una solución de continuidad con la lonja de los Nuevos Ministerios. Fue una idea que acabó siendo realidad con el Centro Azca, si bien con una traza y una arquitectura absolutamente distintas. Pues tanto la avenida comercial como el centro y hasta el sector completo en su totalidad, querían configurarse ahora con una arquitectura 'neo-académica', que apoyándose en elementos tales como arcos, obeliscos y capiteles, así como en el perfil singular de algunos edificios, aspiraba a ordenar y articular formalmente y por completo la imagen del espacio urbano, coherentemente con la ordenación no menos académica de su planta, y buscando continuidad también formal, pero más enfática, con los Nuevos

Ministerios. Se aspiró así a una imagen ordenada y armónica con la fuerza que le daban los elementos historicistas además del propio trazado, y en la línea de la vieja tradición americana de la 'city beautiful', ya empleada en la Ciudad Universitaria con una versión mucho más abierta. No fue ésta una variante muy realista, a pesar de sus convencionalismos, y no llegará a construirse, aunque también, y entre otras cosas, porque el retraso en hacerlo dejará tiempo para que se impongan en España otros modelos culturales ya convencionalmente impuestos en el mundo occidental. El caso es que la prolongación no se abrirá al tráfico hasta 1949, y de la propuesta primitiva de Bidagor sólo se harán el Estadio, la casa que fue conocida popularmente por 'Corea' (allí vivieron los americanos de la Base), trazada como manzana cerrada; un conjunto de viviendas construidas por Zuazo para la EMT más allá de la Plaza de Castilla; y aspectos parciales de otros sectores. Pues, pasada ya la época de posguerra, la propuesta de 1941 aparecía entonces incluso a los ojos de quienes la hicieron, como excesivamente derivada de un academicismo neo-conservador, propio del clima de exaltación nacional y tradicional de los años cuarenta, por lo que debía de sustituirse, como la arquitectura historicista que se había promovido, en favor de las ideas y trazados modernos. Así, y después de la primera de Zuazo, la segunda modernidad llega a la Castellana, sin que con ella apareciera también un modelo de ciudad más atractivo. De esta última revisión y puesta en práctica resultará ya la actual prolongación del Paseo. Así pues, y desde áreas tanto públicas como privadas, se entonará un nuevo discurso, la ciudad moderna,



Banco Pastor, de Corrales y Molezún.

Plano de alzada del edificio de Bankinter, de Rafael Moneo.

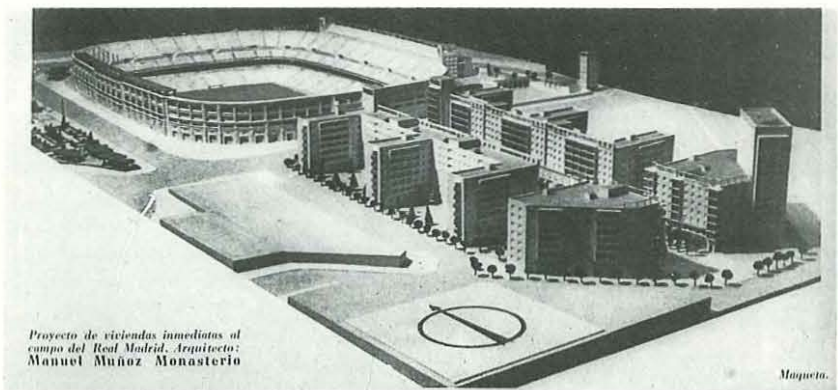
concepto que en España se consideraba pendiente, y que dará lugar a que sobre el trazado de las áreas que el paseo articula se superponga la idea de edificación abierta tal y como entonces se entendía. Pero si la idea de ciudad abierta había sido para Zuazo una cuestión a controlar mediante el orden y la composición en favor de un espacio urbano fuertemente configurado por la arquitectura al modo tradicional, para los urbanistas y arquitectos de los años cincuenta, y no obstante la educación académica que habían recibido, ciudad abierta era sinónimo de libertad: la edificación, sin control de simetrías o alineaciones y sin ningún otro corsé formal impuesto por el trazado, se disponía en volúmenes libres sobre un hipotético terreno verde. Las mejores realizaciones edificadas en la Castellana fueron, sin embargo, las primeras; aquellas que no siguieron exactamente esta idea, sino que, sometidas a un régimen de transición, pudieron extraer las virtudes de ambas. Tal el conjunto de viviendas de la calle de Marceliano Santamaría, de Muñoz Monasterio, en donde unos bloques de viviendas completamente modernos y de correcta edificación abierta componen académicamente un proporcionado bulvar, presidido el conjunto por dos gemelas y logradas torres que dialogan, en la calle de Concha Espina, con el volumen y el pórtico lateral del Estadio.

A partir de entonces la Castellana fue colmatándose, paradójicamente bajo unas ordenanzas de edificación abierta, si bien el excesivo volumen, la imprevisión de usos no residenciales, la especulación y la dificultad de tratamiento y uso de los espacios libres, ha hecho convertirse a este importante sector de Madrid en un

vulgar ensanche más, desordenado y feo en comparación con los ensanches antiguos, y en el que la ciudad permaneció desafortunadamente indecisa entre el modelo abierto y el cerrado. Aún convencional, la calidad de la arquitectura ha venido, a pesar de todo, a resolverlo, existiendo algún edificio singular muy destacable, como es el del Alto Estado Mayor, de Gutiérrez Soto, semi-académico y también de la época de transición (1949-51), y que acomete el problema de acompañar, en muy pequeño tamaño, el inicio de la Avenida que en la otra orilla emprenden los Nuevos Ministerios. Se trata de un evidente homenaje a estos últimos en una escala completamente distinta, y ello es prueba tanto de la inteligencia de su autor como de la admiración que sentía por la obra de Zuazo.

Ya en los años sesenta destacan sobre todo algunos edificios singulares del tramo posterior a la Plaza de Castilla, en un denodado y casi inútil esfuerzo por ordenarlo: son el edificio que fue del Diario Arriba, de Francisco Cabrero, y el de Seat, de Barbero y de la Joya. En el tramo principal, y dentro de la arquitectura residencial no singularizada, existen otros edificios destacados de los arquitectos Magdalena, Feduchi, Lamela y Gutiérrez Soto, entre otros. De entre los más singulares puede señalarse el edificio Lima, de Fernando García Mercadal.

Para hablar de la década de los setenta en la prolongación es necesario volver sobre la historia del Centro Azca, que había nacido en el Plan Bidagor como centro comercial y cívico de un carácter monumental y clasicista, y que fue proyectado de nuevo por Perpiñá ganando un concurso nacional a principios de los sesenta. Su proyecto era emblemático

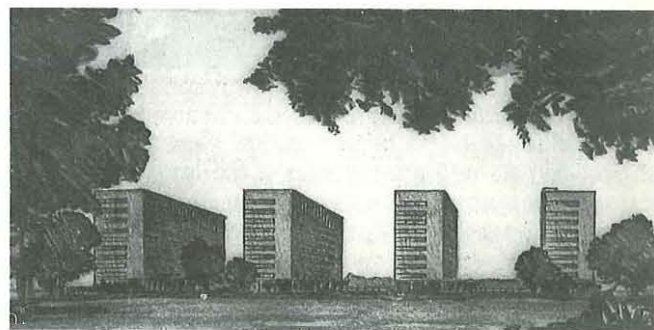


de una modernidad no por convencional menos sentida como insoslayable progreso. En un gran rectángulo de circulación rodada subterránea y sobre un parque urbano, edificios de volumen libre combinaban hábilmente sus masas en una composición capaz de exhibir una modernidad tanto alcanzable como necesaria para la España del desarrollo y de los XXV años de Paz que conmemoraba el régimen. El arquitecto se esforzaba, en un brillante ejercicio, casi de nuevo académico, por introducir todos aquellos elementos que caracterizaban la ciudad y la arquitectura del "estilo internacional". Rascacielos de volúmenes maclados, o de planta rómbica (como, utilizando un recurso muy de época, se dibujaba el más grande), torres y bloques de altura intermedia, y edificios de mayor desarrollo en planta, como el frustrado Palacio de La Opera, compensaban sus masas en la composición de esta tercera utopía, segunda de las convencionalmente entendidas como modernas, y que, al fin, llega a construirse aún cuando su resultado actual sea distinto formalmente de la académica y candorosa propuesta de Perpiñá. Al realizarse, la prolongación de la Castellana y su imagen quedaban prácticamente completas. El paso de la gran maqueta de Perpiñá a la realidad dulcificó algo más el modelo acercándolo de nuevo al ensanche normal, a la ciudad cerrada, como queda claro en el frente actual a la calle de Orense y, más parcialmente, en la Castellana, donde los edificios forcejean para ser más corrientes; por ejemplo, logrando asomar su portal al Paseo. La edificación, densificada hacia los bordes en una inmediata asimilación con una manzana, dejó el espacio interior

como secundario y no como protagonista. La imagen, sin embargo, se conservó como propia de la edificación abierta, y en ella destacan fuertemente la Torre Windsor de los arquitectos Alas y Casariego, edificio de gran pulcritud y calidad profesional, y el Banco de Bilbao, de Sáenz de Oíza, refinado producto tecnológico, casi el canto del cisne de la Escuela madrileña propiamente moderna.

Faltaría, por último, referirse a la transformación de todo el sector antiguo, de Atocha a San Juan de la Cruz, elemento urbano tan absolutamente importante en la configuración de la capital de España que es capaz, casi por sí solo, de representar la historia de la arquitectura nacional. No podemos entretenernos ahora en esta lectura (del tardobarroco del paseo del Prado y el espléndido neoclásico del Museo de Villanueva al posmoderno Bankinter, de los arquitectos Bescós y Moneo, en la Castellana está representada toda la arquitectura socialmente triunfante), teniendo que limitarnos a comentar la bien diversa transformación de sus tramos.

Ya dijimos cómo en el Prado la transformación, aunque muy drástica si se considera ésta desde el siglo pasado, fue más coherente, ateniéndose el Paseo a una edificación cerrada normal, que se ciñe a las alineaciones urbanas, dibuja el espacio de las plazas, y valora con la arquitectura esquinas y encuentros, habiendo quedado como edificio exento y abierto sólo, paradójicamente, el más antiguo, el Museo del Prado, si bien nótese en él cómo su composición tan atenta a las cualidades del Paseo acentúa la forma neta del espacio tanto o más que los edificios cerrados. Pueden destacarse en este tramo edificios de calidad de final y



En la página anterior, arriba: el estadio Bernabeu en su estado original; abajo: maqueta del estadio y de los edificios colindantes. En el centro: maqueta del proyecto para Azca de A. Perpiñá. A la izquierda: los talleres del "Blanco y Negro", de Aníbal González. Sobre estas líneas edificios paralelos de Zuazo y Jansen (1929) para la prolongación de la Castellana.

principios de siglo, como el Banco de España, de Adaro y Sainz de la Lastra, o el de Correos, de Palacios y Otamendi, ambos preocupados en definir con corrección y atractivo la plaza de Cibeles. Abunda de todos modos la edificación de calidad, sometiéndose la más vulgar al dictado urbanístico y volumétrico del conjunto. Modernamente, el error más notorio es la ampliación del Ministerio de Marina, fracaso puramente arquitectónico y puntual, pues en su volumen se acomoda al conjunto urbano. El más polémico fue en su día el edificio de Sindicatos, de Cabrero y Aburto, por su gran volumen, su enfática presencia y su posición frente al Museo. Ganó un Concurso Nacional y, a mi juicio, fue acertado por su gran calidad monumental, su buena inserción frente al enclave en la que es especialmente conseguida la relación con la trasera ciudad antigua, y su fuerte pero atractivo diálogo con el Paseo y el Museo de Pinturas. El tramo de Recoletos ha permanecido asimismo bastante coherente y en él se supo conciliar el encuentro con el Palacio de Buenavista (hoy Ejército de Tierra) y el del Marqués de Salamanca (hoy Banco Hipotecario) ambos edificios semi-exentos y abiertos a un espacio exterior propio. Un edificio moderno, el Banco Pastor (en la esquina de Prim) testifica la preocupación de la arquitectura moderna por enraizarse en la ciudad antigua con más esfuerzo que fortuna, y al final del tramo, en la Plaza de Colón, puede verse, como es obvio, la más torpe caricatura de la transformación del Paseo, donde los recursos urbanísticos y hasta artísticos modernos dan estrepitosa prueba de su fracaso urbano.

Desde Colón a San Juan de la Cruz, el último y más largo de los sectores tradicionales, propiamente conocido como Paseo de la Castellana, es donde se produjo la peor transformación, como Colón, drástica y groseramente, anuncia. Hasta los años sesenta se había ido colmatando de modo tradicional ocupando los antiguos solares y jardines de casas exentas, conduciéndose hacia la edificación cerrada; pero, bajo el pretexto de una interpretación moderna de la ciudad y de obras como el puente de Juan Bravo-Eduardo Dato, se promovió la realización de edificios exentos, cambiando los palacetes por torres o bloques como si con la misma lógica se actuara, destinadas a sedes de grandes firmas o a promociones de oficinas. Se expulsó así, en una gran parte, a la vivienda en el Paseo y en sus alrededores, renunciando a resolver una buena transición con el barrio de Salamanca, pasando éste a configurarse mediante la imagen de aislados, abstractos y desiguales volúmenes.

Esto dio lugar, no obstante, a edificios de interés, como la pionera Embajada Americana, de los años cincuenta, o el edificio de la Unión y el Fénix, de Gutiérrez Soto, tantas veces tontamente polémico y el único que ha buscado un atractivo perfil metropolitano, neoyorquino, en vista de su gran altura y presencia; fue construido al final de los sesenta. Puede destacarse también de los setenta, el Bankunión, de Corrales y Molezún, testimonio de un momento tecnológico tardío de la Escuela de Madrid que rematará el citado Banco de Bilbao.

Alrededor, y al amparo intelectual, de estos ejemplos, se construyen muchos otros que añadirán al error urbanístico de la edificación exenta y en altura la vulgaridad arquitectónica, a veces, más extrema, y que han hecho de este tramo la expresión más torpe de una indecisión y de una ambigüedad mal conducidas.

Al lado del Puente de Juan Bravo un terrible encuentro testifica la cruel realidad de la degeneración de la forma urbana y de la imagen de la metrópoli: los talleres de Blanco y Negro, del arquitecto Aníbal González y de un brillante historicismo de años veinte a la sevillana, se había ceñido en su día a la alineación del Paseo, pero ahora, promediando alguna estúpida ordenanza, los edificios modernos que le flanquean se retranquean hacia atrás, descubriendo las medianeras de los talleres, que sólo tienen una fachada, y haciéndolo en un caso con una arquitectura increíblemente torpe y en el otro con una liviana y sin interés. El lugar se ha convertido así en una úlcera formal permanente, que da prueba de la dificultad que la ciudad tuvo contemporáneamente para pensarse físicamente a sí misma, y de cuanto el urbanismo moderno, que reclamó libertad frente al estrecho corsé de la ciudad académica, procuró una ciudad peor y se vio servido por una arquitectura análoga a su debilidad, e imposibilitada de remediar la situación al doblarse a torpes disposiciones de alineación y volumen. Aunque, arquitectónicamente, no quedaron aquí las cosas, pues a mediados de los setenta se construía el edificio Bankinter, de Moneo y Bescós, situado tras un antiguo palacete y preocupado de establecer una buena transición entre los solares convencionales traseros y la edificación abierta de la Castellana antigua respetando uno de los pocos elementos que se conservaban, al tiempo que de procurar una interesante imagen hacia el Paseo por medio de una fachada cuya modernidad no desprecia los principios de la composición. Inteligentemente el edificio se planteó de volumen macizo, de fábrica de espléndido ladrillo visto, como el del palacete del XIX, y con elegantes huecos, evitando todo residuo de imagen tecnológica o de pared cristal. Ya puede verse así que la intención estética de la arquitectura ha vuelto a cambiar, al tiempo que caducaron las antiguas ideas urbanísticas modernas. Se comprueba a través de obras convencionales pero correctas, como la última de la Plaza de Castelar, en donde al construir se ha seguido el viejo perfil curvo del edificio anterior que se ceñía a la forma de la plaza, esforzándose la nueva edificación por emular algunos de los valores de la antigua.

Hoy la Castellana está ya finalizada. Su cambio de imagen será en el futuro mucho menor, toda vez, además, que la rehabilitación y la reforma parecen ser para los años siguientes las casi únicas operaciones. La jerarquía del Paseo como elemento central y estructurante más básico de la ciudad está ya fuera de toda duda, y el viejo y primer eje de la calle de Alcalá ha pasado definitivamente a ser el segundo y cada vez de menos peso. Así la Castellana, centro de la capital del poder y del capital, es testimonio de todo lo que en Madrid tuvo importancia, incluyendo en sus propias llagas la prueba de cuanto en la segunda mitad del XX se produjo una situación extremadamente torpe y confusa en el entendimiento de la ciudad y del papel de la arquitectura en ella, produciéndose obras y transformaciones muy inferiores en calidad a las del siglo pasado y a las de la primera mitad, al menos, de éste. Con la calle de Alcalá y con el Prado y Recoletos se comprueba bien fácilmente esta sencilla tesis. La ciudad, sin embargo, en su vitalidad, su eclecticismo y su variedad, todo parece absorberlo y convertirlo en vivible, en atractivo. Por esta vez, la vida es superior al arte. Menos mal.